

POR EL RESCATE DEL ENFOQUE ANTROPOLOGICO EN LAS ESCUELAS DE ANTROPOLOGIA

César Huerta Ríos

Introducción

Estas líneas no pretenden ser reflexiones sobre la historia de las escuelas de antropología, sus errores y sus crisis. Tampoco, sobre la historia de la primera escuela de antropología de América Latina: la ENAH. Se trata solamente de una evocación de ciertos momentos clave en el transcurso de la vida académica en las especialidades de etnología y antropología social.

Como es bastante conocido en los medios de ciencias sociales, ambas especialidades entraron en crisis desde finales de los años sesenta, cuando los dogmatismos políticos se posesionaron de las escuelas de enseñanza superior y, entre otras cosas, en la ENAH se consideró que la antropología, al no poseer características científicas, era más bien ideológica y apática a las necesidades de las clases populares. Se optó entonces por sustituirla por un remedo de economía y por un manejo esquemático y trillado de argumentaciones, a manera de un instrumento de emancipación. De esta manera, se creía participar en una renovación profunda de la vida social. Aunque se estimuló la crítica, se concluyó por encargar a la antropología como un fenómeno poco deseable y empobrecedor. Este modo de ver nuestra ciencia dio lugar a que fuera desmoronándose hasta desplomarse el quehacer antropológico, sin que a la fecha todavía dé claras muestras de recuperarse, como lo señala el hecho de que el punto de vista etnológico, salvo contadas excepciones, no se exterioriza



en las tesis de grado. Una vez posesionados el economicismo y el manejo vulgar del materialismo histórico de los campos donde antes se manifestaba la actividad antropológica, ésta entra finalmente en una especie de eclipse, desaprovechándose las posibilidades que ofrece de penetrar en profundidad en los fenómenos socioculturales de nuestros pueblos y de iluminar sus candentes problemas. De este modo, los dogmatismos ideológicos devienen en un nuevo conformismo para alcanzar solamente una concepción neutralizadora de la práctica antropológica. Incluso hoy día, aunque de capa caída, todavía conservan fuerzas.

Las generaciones de estudiantes posteriores al 68 se vieron así sustraídas a las tradiciones y a los problemas capitales de la antropología. Un amplio sector de los nuevos maestros, que abrevaron en esa ya desvanecida fuente, reproducen ese estado de cosas y contribuyen a que las escuelas arrastren un contagioso desánimo que llega obviamente hasta las últimas generaciones.

No quiere decir lo anterior que las generaciones mencionadas se desentendieran completamente del pasado, tampoco que diesen forma a su pensamiento sin previo conocimiento de las teorías antropológicas, que son materias que se imparten en las escuelas. Lo que deseamos afirmar es que se hace evidente en sus trabajos la ausencia de teorías etnológicas y la invocación a los grandes teóricos, de cuyos principios puedan hacer el fundamento de sus actividades de investigación. Y no se trata de que los viejos temas hayan perdido actualidad, ya que en sectores minoritarios se percibe la vigencia de antiguas preguntas y la continuidad del contacto entre tendencias y líneas antropológicas. Infortunadamente, mueren al poco tiempo por falta de estímulos, sofocados los brotes por un medio hostil a los mismos. Podemos considerar entonces que, pese al evidente declive del dogmatismo ideológico, la confrontación de escuelas no logra siquiera un débil desarrollo, perdidas ya las tradiciones antropológicas desde hace varios lustros, como lo hemos visto en más de diez años de docencia. Esta experiencia nos da cierta perspectiva para visualizar el estado que guarda la enseñanza de la antropología, lo que nos animó a escribir este artículo.

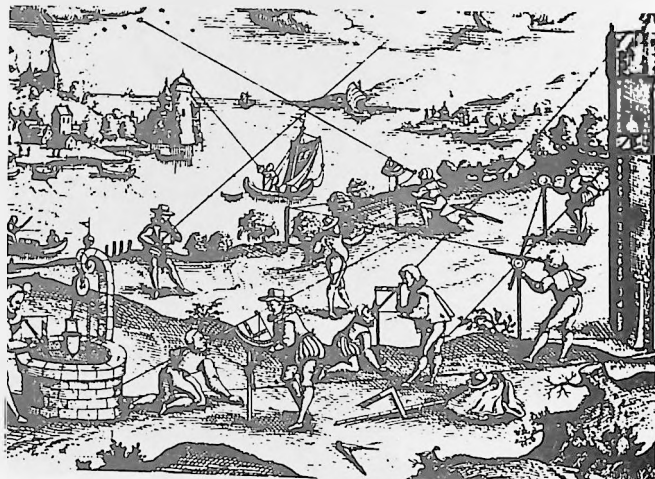
Observamos que las viejas tradiciones han ido languideciendo hasta su anulación, debido al desinterés por los tópicos antropológicos: funcionamiento de una estructura social o institución, estudio de costumbres, ethos, organización política, sistema de cargos, etcétera, y debido también a que un sector de los maestros utilizan en clase sucedáneos que desafortunadamente una porción significativa del estudiantado considera equivalentes, cuando no superiores, a las materias socioculturales que distinguen un programa de estudios antropológicos. Dicho de otra manera, el decaimiento de la etnología tiene asideros en el bajo nivel y en el desinterés de los conocimientos, ni más ni menos que para los cultores de la misma, su equipo de valores y la visión

antropológica constituyen el centro de su concepción del mundo y es esa concepción la que alumbraba su búsqueda de conocimientos.

La antropología y *El Capital*

Una manifestación extrema de lo anterior lo expresa el que se haya convertido en una verdadera plaga en los dos últimos decenios la confección de tesis de grado en donde el sujeto que realiza las diversas actividades en el proceso histórico sea implacablemente *El Capital*. Este cobra los visos de un ser abstracto que hace y deshace a su antojo: un demiurgo. Aunque no se desconoce que el capital: instrumentos productivos, edificios, dinero, etcétera, tiene como contrapartida al trabajo asalariado y que ambas esferas poseen un sujeto: las clases sociales, no aparecen en ese tipo de tesis las actividades ni el sujeto que las realiza.

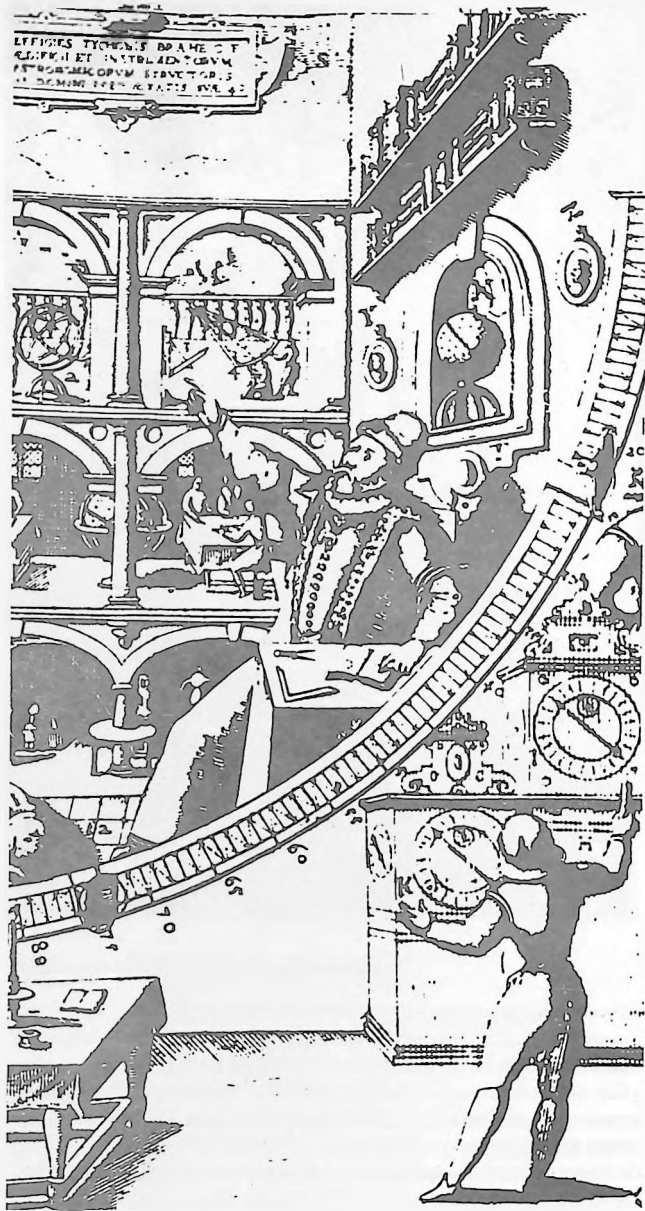
Y cuando se habla de clases sociales en los resultados de las investigaciones de campo, se pierde de vista que las clases y sus actividades sólo pueden percibirse en forma idealizada y únicamente con la imaginación, ya que la clase, tomada globalmente, no actúa como cuerpos o armazones claramente perfilados. En su interior se dan capas, estratos, cuasicastas en algunos grupos indígenas, grupos sociales, etcétera, que, mediante diferentes y complejos entrelazamientos e, incluso, superposiciones, obtienen resultados que pueden ser descritos y analizados como clasistas y como motivaciones ejercidas por las clases.



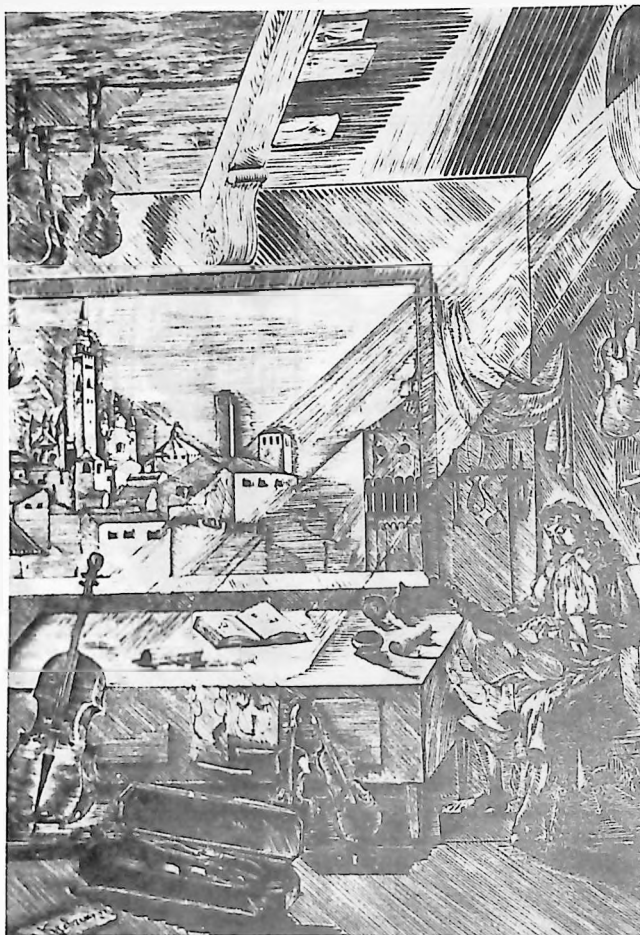
Es decir, en la investigación de las clases sociales cabe siempre la matización para el establecimiento de subdivisiones que puedan cubrir incluso las escalas de puestos estratificados, sin que se resienta la teoría materialista; al contrario, ganaría en poder de penetración sociológica. Permitiría también clarificar en los estudios del campesinado y de las comunidades urbanas aspectos conflictivos de los serpenteos de la malla social.

Dijimos antes que cuando del capital se habla, las clases y los estratos no se mencionan y al mismo capital se lo nombra a manera de sujeto. Empero, no se explicitan siquiera las cosas, ni se sugiere que se está tratando determinado nivel de la naturaleza del capital. El capital aparece solitario, sin conexión con los grupos y sus actividades. Ello es resultado, entre otras cosas, de los seminarios sobre la obra de Marx: *El Capital*, realizados sin ninguna conexión con la antropología y, desde luego, sin que pueda cuando menos aprenderse allí economía, ya que como es sabido es fundamentalmente una obra sobre las leyes del desarrollo capitalista mundial. Por otra parte, aunque se habla mucho de la aplicación del análisis concreto a una realidad concreta, en raras ocasiones se lleva a cabo, ya que para ello se haría necesario munirse de los instrumentos, métodos y teoría etnológicas que van a alumbrar tanto a la descripción etnográfica como a la actividad analítica, según las cuales se capta la realidad en sus aspectos importantes mediante el enriquecimiento progresivo de nuevos contenidos que dan cuenta de ella en forma cada vez más profunda.

Se desconoce también la teoría y el método para clasificar, discernir y analizar lo necesario y relevante de lo contingente. Para ello se deben intentar en la descripción datos más o menos totalizantes, porque casi nunca se sabe por dónde va a saltar la liebre de lo casual o lo necesario, ni tampoco si lo hace en lo social o lo cultural, en el desarrollo o en el funcionamiento de la sociedad en estudio. Tampoco se conoce bien que las actividades económicas de una comunidad o microregión poseen una racionalidad específica que es necesario desentrañar. Se olvida casi siempre que estas problemáticas la antropología las esclarece. Pero, para ello se requiere romper con el método habitual en ruestas especialidades



de seguir *a priori* fórmulas ya establecidas, mediante las cuales toda investigación se difumina en generalidades que no poseen ningún asidero en la realidad en estudio. Y, desafortunadamente, las más socorridas de esas fórmulas son las marxistas en su tratamiento adocenado de los manuales soviéticos, de no tan feliz memoria.



La antropología en los inicios

Las carreras de arqueología, antropología física y etnohistoria conocieron desde sus inicios momentos brillantes. No así la etnología y la antropología social, a pesar de sus excelentes programas de estudio. ¿Qué había sucedido? Vamos a manifestar algo que puede prestarse a controversias o cuando menos causar extrañeza. Consideramos que desde los inicios de la ENAH se desatendió la aplicación en el trabajo de campo de las tres corrientes o escuelas antropológicas tradicionales: el funcionalismo-estructural, el culturalismo y el estructuralismo,¹ y en consecuencia se subvirtió la lógica del quehacer antropológico. Ello

¹ Si bien el estructuralismo como escuela hizo su aparición en los años sesenta, se daban antecedentes en los años cuarenta y cincuenta, a través de la corriente funcionalista-estructural. Por otra parte, no subvaloramos las corrientes no mencionadas. Aludimos sólo a las fundamentales que, en mayor o menor grado, han participado en las investigaciones importantes en los diferentes continentes y que los alumnos no deben dejar de conocer y manejar. Equivalen, valga la analogía, al dominio de las matemáticas para el ingeniero, al de la historiografía para el historiador y al de la figura humana en la enseñanza de las artes plásticas.

ha costado muy caro a la institución, de lo cual no se repone todavía. Esto podemos verlo examinándolo en sus relaciones con la práctica de campo y sus resultados en las tesis de grado, en la mayoría de las cuales está ausente la utilización de las escuelas antropológicas y en las que se da un tratamiento convencional o muy laxo a los temas investigados.

Puede considerarse que las tres corrientes concentran dominio metodológico, sin negar que son falibles y, por tanto, limitadas, pero aún así deben ser atendidas so pena de trabajos muy superficiales. El desinterés por el empleo de esas corrientes proviene, repetimos, desde los orígenes de la ENAH. Lo más probable, se insinúa, ya que las razones no parecen claras, es que el estudiantado tomaba como peligrosamente resbaladizas las corrientes tradicionales, consideradas conservadoras, cuando no proimperialistas. Un papel importante en ello lo encontramos en el hecho de que mientras en el resto de América Latina las convicciones marxistas en los trabajos de ciencias sociales arrojaban la cárcel, en México se consideraban de buen tono. No en balde aquí se había producido una revolución democrática burguesa con algunos elementos populares (el ejido, entre otros, que conocía un renacimiento en el sexenio cardenista). La fuerza que todo esto tenía en el estudiantado de izquierda es fácil de comprender, lo es menos el hecho de que alcanzaba también a los estudiantes conservadores, deseosos de ofrecer una imagen respetable.

El purismo ideológico se alimentó de estas y otras condiciones y, junto con el desinterés por las escuelas etnológicas, tuvieron como consecuencia que se cancelara la posibilidad de ensayos en la aplicación de esas escuelas en las investigaciones de campo, lo que contribuyó al escaso desarrollo posterior de la etnología y la antropología social.

Aclaremos, no sólo el purismo ideológico contribuyó al escaso desarrollo de la ciencia antropológica. El año de 1938 fue el de la expropiación petrolera y de la fundación de la ENAH. Al nacionalismo del momento, que buscaba una mejor afirmación de la conciencia nacional, le urgía conocer en profundidad la historia de la nación. En ese clima intelectual llega a México un notable etnólogo alemán: Kirchhoff —marxista y de vigorosa personali-

dad—, quien, motivado entre otras cosas por esa atmósfera cultural, acaba por desentenderse de la etnología, a despecho de sus exitosos trabajos de campo etnológicos en Sudamérica y, más tarde, de la recién creada especialidad de antropología social y dedica, no sin generosa entrega, su talento y esfuerzos a labores de etnohistoria, afín a la antigua etnología. No juzgamos, constatamos un hecho comprobable. Sus alumnos llevarán el sello de la conversión, como lo expresa el hecho de que desde la fundación de la ENAH casi todas las tesis de pasantes de etnología y antropología social, con interpretación o influencia marxista se ubicaron en temas de etnohistoria: las de Acosta Saignes, Monzón, Carrasco, Palerm, Olivé,² etcétera, alumnos de Kirchhoff.³ Como es obvio, sus obras no poseen contenido empírico. No es ajeno a este hecho también la fuerza que siempre tuvo, desde antes de la fundación de la ENAH, la antropología historicista. Cabe preguntarse: ¿Es acaso menos difícil analizar el pasado que el presente? Algunos así lo consideran al sostener que "las interpretaciones retrospectivas son siempre más fáciles y seguras que los análisis predictivos".⁴ No deja de ser paradójico que en esa época se estudiaran en forma acuciosa algunos textos etnológicos fundamentales en su idioma original, a diferencia de los años posteriores en los cuales se hacen preponderantes las fuentes secundarias, al lado de los manuales soviéticos que se convertirán en un género predilecto.

Sumariamente, podemos afirmar que las diferentes corrientes antropológicas no se han utilizado en el trabajo de campo y los contados

casos en que se ilustra la presencia de aplicación de algunas de esas escuelas: las tesis de Cámara, Pozas o Verdúzar⁵ no se generalizaron, no formaron corrientes. Es verdad que se dieron otras tesis meritorias en las que el enfoque antropológico no había sido negado, pero sin que puedan considerarse representativas de alguna escuela en particular; por ejemplo, la de Montoya,⁶ axiológica con trabajo de campo, algo insólito en su momento, lo mismo algunas otras, que no es del caso enumerar. En cuanto a las demás, unas tratan muy escuetamente de alguna de esas escuelas, otras, las más, son obras con sólo un tratamiento general de ciencias sociales, cuando no simplemente etnográficas.

Pero, lo que se había convertido en la forma típica de hacer antropología no podía bastar ya en la época posterior al 68. Ahora, además se requería crear y desarrollar una antropología que contribuyera a las necesidades de los sectores populares y se buscó en la antropología marxista. Se hicieron algunos intentos, desafortunadamente fallidos. De más está decir que la causa principal de esos fracasos residió en los dogmatismos ideológicos que impedían la utilización de herramientas teóricas, susceptibles, con los debidos recaudos, de ser complementadas y fecundadas recíprocamente con los métodos y teorías materialistas. No negamos su complejidad.

No es tampoco nuestra intención sostener que en las tesis de grado se ignoran por completo a las escuelas etnológicas. Se las roza y, en ocasiones, se las critica, siempre en forma sumaria o si no desde una perspectiva materialista histórica y no antropológica. Tampoco intentamos desconocer que las críticas desde la perspectiva del dogmatismo



² Aunque Julio César Olivé proviene de la arqueología, su obra sobre Mesoamérica, inexplicablemente relegada, puede considerarse también de etnohistoria.

³ Es difícil comprender ahora cuánta conmoción produjo el medio y, en particular, en la ENAH, Kirchhoff. Era dueño de una vasta cultura antropológica y filosófica. Sus escritos, densos y profundos, estaban elaborados para habérselas con determinadas cuestiones sociológicas, como aquellas sobre los clanes cónicos o sobre Mesoamérica. Era bondadoso. Quien lo consultara sobre problemas etnológicos encontraba en él un maestro y consejero sin par. Cuando le mostramos el borrador de nuestra obra sobre los triquis de Oaxaca se mostró entusiasmado con los problemas de parentesco y de grupos de descendencia que contenía y nos recomendó con su amigo Juan Comas, a la sazón director del Instituto de Investigaciones Antropológicas, para su publicación. Razones de tiempo impidieron la publicación en ese instituto.

⁴ Así lo dice Archie Mufieje, antropólogo nativo del África negra, en su artículo "El problema de la antropología en su perspectiva histórica: revisión del crecimiento de las ciencias sociales", publicado en la revista *Anuario de etnología y antropología social*, México, D.F., diciembre de 1989, p. 88.

⁵ Mencionamos sólo las tesis más representativas de alguna de las corrientes antropológicas hasta el 68, año en que entró en crisis la antropología.

⁶ No es nuestra intención circunscribir la antropología en un cuerpo cerrado sobre sí mismo. Nuestro interés en torno a tesis que aplican las escuelas tradicionales, sin desmedro de otras, se refiere al hecho de que son las que mejor permiten el análisis antropológico en profundidad. Puede responderse que trazamos fronteras muy rígidas sobre lo que es representativo o no. Quizá. Pero se comprenderá mejor nuestra posición si agregamos que no está fuera de nuestra convicción el considerar antropológicas también algunas obras donde las reflexiones no están sujetas a teorías ni escuelas etnológicas y donde se manifiestan varios tipos de saberes, cuya conjugación permite construir una perspectiva correspondiente a una intuición de problemas sociales y culturales. Pero, acaso éstas no son la excepción.

ideológico daban en ocasiones en el blanco, señalando algunas de sus deficiencias, pero es el caso que de ello extraían conclusiones que apuntaban a mutilar los aspectos medulares de esas escuelas. Muestra de lo último lo es el hecho del frío recibimiento dado al libro de Aguirre Beltrán: *El proceso de aculturación*, al cual —crítica reiterada— se le imputaba la ideología culturalista, sin percatarse que buena parte del objeto de la polémica se les escapaba de las manos. Lo esencial era a más de discutir los elementos no recomendables de aplicación, extraer también críticamente las herramientas y técnicas aptas para ser utilizadas en la investigación de campo y en los análisis de sus resultados, algunas de las cuales pueden ser un auxiliar valioso en el examen de ciertos aspectos socioculturales y en el control de la intuición del investigador en la percepción de los elementos culturales.

Necesario es emplear esas escuelas etnológicas en el trabajo de campo y, mediante un proceso crítico, entresacar los elementos susceptibles de aplicación y darles entrada en el análisis antropológico de los propios datos etnográficos y en los aspectos sintéticos de las explicaciones sociales. Este proceso crítico es complejo y depende de cada investigador, es un trabajo individual. Y se hace más complejo en los intentos de obras con un perfil de antropología marxista. No existe un cuerpo teórico de antropología marxista pronto a utilizarse como una llave que abra los más espléndidos tesoros de la realidad. Esa antropología es una labor de aproximación a sucesivas explicaciones, que incluye el recurso del ensayo y error a fin de obtener determinados resultados, dando amplio margen para que se practiquen ajustes e interpretaciones.

Dicho de otra manera, los intentos de aplicación de las corrientes etnológicas en una perspectiva marxista evocan, igual que en la antropología tradicional, tanto un trabajo científico como una labor científico-artesanal. No se trata de que lo artesanal se sitúe al mismo nivel que el análisis antropológico, sino que son dos fenómenos que confluyen en la necesidad de sistematizar los datos: una, en la descripción etnográfica, la otra, en el carácter analítico y de síntesis de las tareas antropológicas. Pero, cuando no se toma conciencia de las grandes dificultades en los intentos de interpretación etnomarxista, lo que se obtiene es sólo un engañoso espejismo. Otra cosa, es imperioso saber diferenciar el credo de la teoría. Como ya lo han apuntado otros, los hechos deben ser iluminados por la teoría, pero no amparados por la doctrina porque se falsean sus resultados.

Por supuesto, cuando se aplican las corrientes antropológicas tradicionales e, incluso las nuevas corrientes, se requiere una cuidadosa labor de depuración y rescate de sus elementos valiosos. Por ejemplo, al utilizarse la escuela culturalista, cuyo punto de vista de

la cultura es global y más allá de las clases, hay que recorrer críticamente, en sus momentos determinantes, su postura en torno a las leyes de funcionamiento y transformación de la cultura e identificar sus elementos más utilizables, tratando de despojarlos de sus connotaciones conservadoras a fin de aplicarlos. Al mismo tiempo, analizar el desarrollo histórico de la cultura en estudio, lo que debe entrañar una preocupación por advertir sus aspectos contradictorios, cosa que por lo general no contempla el culturalismo. En el enfoque marxista de la cultura, tomar en cuenta la diferenciación de las culturas mediante la determinación de las clases sociales, incorporándole también los procesos globales supraclases, en los cuales la cultura es el producto de mezclas e interacciones de grupos sociales y corrientes de pensamiento. Así también lo expresa Marx, para quien no sólo las clases, sino también otras acciones humanas son constituyentes del mundo cultural. En el funcionalismo-estructural examinar su postura en torno a las leyes de funcionamiento de la sociedad y utilizar los elementos más provechosos. Por ejemplo, la



correlación funcional puede permitir el hallazgo de semejanzas en estructuras y costumbres que son muy diferentes a primera vista. Por otra parte, la exploración empírica y teórica nos permitirá describir y analizar las interacciones de las partes de cada estructura o institución que explican su funcionamiento actual; esto es, cómo se reproducen hoy día. Como solía decir Radcliffe-Brown: para que una cosa funcione debe hacerlo permanentemente; lo que equivale a decir, con Marx, que se reproduce.

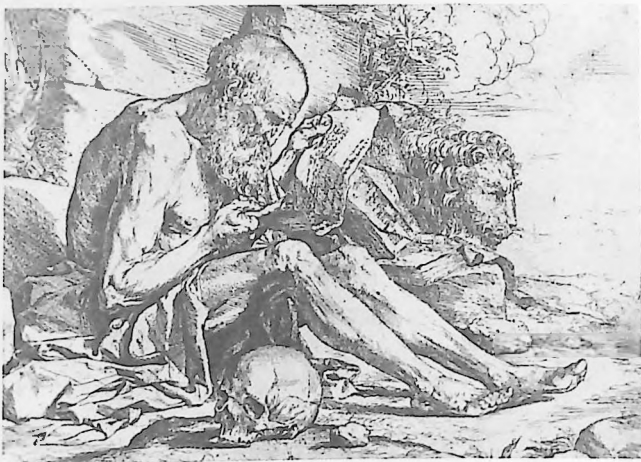
Evidentemente, caben diferencias no desdeñables en torno a las conclusiones de cada investigador en su retorno crítico y en la aplicación de las escuelas antropológicas a sus propios datos. Huelga decir que existen muchas otras opciones posibles en la aplicación de esas escuelas. Si exponemos algunas es a manera de ejemplificación, sin que podamos sustraernos a un tratamiento esquemático y reductivo en tan breve espacio. Lo que más cuenta es el intento por salir de los estrechos confines de las escuelas tradicionales, conservando lo que hay de valioso en sus formulaciones y abriéndose a más amplias perspectivas en articulación con el pensamiento marxista que, contra lo que algunos creen y auguran, es susceptible de ampliaciones y modificaciones en beneficio de una mejor fundamentación. Lo que interesa es tratar de realizar, no sin dificultades, análisis funcional sin las connotaciones ideológicas funcionalistas, análisis cultural sin las connotaciones culturalistas y análisis estructural sin las connotaciones estructuralistas. Es aquí donde el materialismo histórico puede iluminar algunos aspectos críticos de esas escuelas, a condición de que lo haga por mediación de las ciencias antropológicas y sociológicas, sin las cuales está irremediablemente imposibilitado en sus interpretaciones de la realidad concreta.

En consecuencia, si se persiste en la actitud de purismo ideológico al descartar los enfoques antropológicos, continuarán estrellándose con la realidad los intentos de enfoques marxistas en la investigación de campo. La falla principal, en suma, es que esos intentos, por un lado, enfocan a las escuelas desde una perspectiva puramente ideológica y, por el otro, manifiestan un conocimiento superficial de esas corrientes, un funesto desinterés por asimilar sus materias.

En esa concepción de las ciencias sociales, poseedora de un larvado ánimo por descalificar la ciencia antropológica, quienes la detentan pretenden marchar hacia adelante y en verdad llevan las cosas hacia atrás. Por otra parte, engañan avivando un nuevo mito: el de la creación de una antropología sin antropología.

Algunos sostienen que la búsqueda de un entronque con la interpretación marxista, mediante la vuelta al enfoque y a las tradiciones antropológicas, equivale a un retroceso hacia la época anterior en que la etnografía campeaba por sus fueros. Pero, acaso no se ha tirado por la coladera el agua sucia (el etnografismo irrelevante) con todo y niño (la ciencia antropológica). Es lo que ha imposibilitado, como ya se dijo, la introducción de la antropología marxista. Porque, ¿cómo puede darse ésta, si no se recupera antes la antropología y si no se enseña al estudiante, mediante ejercicios prácticos en clase, el análisis de trabajos clásicos etnográficos y, posteriormente, el análisis de sus propios datos etnográficos elaborados en el trabajo de campo? No se trata solamente de la enseñanza. El estudiante debe acumular información y conocimientos en los ejercicios prácticos en clase y en el trabajo de campo hasta su estallido en una toma de conciencia de la importancia de las escuelas tradicionales para las labores antropológicas. Es decir, no sólo acumulación, sino también *impregnación*, esto es, la fijación de la materia y los tópicos antropológicos desarrollada en el intimar permanente con esta ciencia. Practicar también la utilización del método comparativo como uno de los métodos de control de las generalizaciones. Evidentemente, ese múltiple contacto de escuelas no excluye el peligro de cierto eclecticismo, pero no tiene caso rehuir la confrontación ya que más bien puede dar paso a una fructífera amplitud y profundización en los análisis del material de campo. Ese múltiple contacto tampoco excluye el mal uso que pueda hacerse de esos métodos, incluyendo la interpretación marxista, pero parece ser la única manera en que el estudiante conozca interiormente esas escuelas.

Siendo un aspecto medular de la docencia enseñar a investigar, aquel es un medio que puede contribuir a lograr ese cometido, lo que es de imperiosa necesidad hoy día. De esta manera, podría evitarse que en



la confección de tesis con adecuada descripción etnográfica, en los contados casos en que así ocurre, no se analicen etnológicamente los datos etnográficos por ausencia tanto de conocimientos adecuados de las teorías, como de los mecanismos del proceso de investigación. Esas deficiencias no sólo impiden en el pasante el manejo analítico de sus datos, lo llevan también a valerse de sucedáneos como las vagas especulaciones con fórmulas de Marx, Gramsci, Foucault, etcétera.

En la actualidad

Hoy día se manejan dos grandes líneas de investigación en las escuelas de antropología: la que pone énfasis en las coordenadas de la estructura económica campesina y la que hace hincapié en los problemas étnico-nacionales, sólo que, desafortunadamente, gran parte de esa producción se hace desde una perspectiva economicista e ideológico-política, sin roce con la antropología y, en consecuencia, en esos terrenos la antropología marxista tampoco da señales de vida.

Es preciso indicar que el oponer a la antropología tanto el economicismo, a manera de interpretación de la economía campesina, como el enfoque étnico-nacional, vacío de contenido antropológico, desemboca en una rígida contraposición que reemplaza los conceptos y los problemas medulares de la antropología. Lo que se presenta no es cuando menos una pseudoantropología, sino una forma enmascarada de antiantropología. No se presenta el discurso bajo una forma polémica con la antropología, sino que a ésta se la omite completamente. De cierta manera se manifiesta en forma insoslayable una postura ajena por completo a la antropología y al marxismo: la de que es saludable omitir el viaje antropológico a las tierras indias y mestizas, llenas de incómodas vicisitu-





des. Basten algunos datos generales, entonces, para con ellos armar eficientemente un artilugio intelectual. Esa actitud cimera, afín al espíritu de élite, tiene como convicción la de que el mundo intelectual sólo corresponde a una minoría. O cuando menos, a gente que no compromete su inteligencia en el trato íntimo y extenso con pueblos prealfabetos o casi. ¿Se

etnológicas desde adentro. Se inician algunos intentos para desmontar sus mecanismos, respetando lo rescatable y tratando de recuperarlo en forma más o menos precisa. Es una labor ardua y compleja en donde maestros y estudiantes deben clarificar lo concerniente a la escasa aplicación de las escuelas antropológicas, su papel en la historia reciente mexicana, su función en la metodología, su significado actual y cuáles deben ser los pasos a dar para modificar sustancialmente esa situación.

trata entonces de que los cultores del discurso antiantropológico cultivan posturas antidemocráticas? Bueno, no se afirma que tengan segundas intenciones, más bien creemos que su actitud y su política los conduce en forma inconsciente a cumplir una función social en contraposición a sus propias convicciones.

Ahora la antropología está saturada de lenguaje político, cuando el lenguaje de ella misma posee su propia eficacia. Incluso se trasladan conceptos de otras fuentes. Un ejemplo funesto lo ofrece el uso de la fórmula base-superestructura en las investigaciones. Cabe un comentario. Una cosa es el materialismo histórico como las leyes más generales de los procesos sociales en una determinada etapa o formación socioeconómica y otra, su utilización como guía para realizar investigaciones concretas. El camino que va de la filosofía social a las ciencias sociales empíricas es complejo, azaroso y entrecruzado con múltiples mediaciones. Por ello, obvio debe ser que la aplicación de la ciencia como la antropología a una realidad específica no puede cumplirla el materialismo histórico, pues este último al actuar como teoría de lo universal en la sociedad no puede ser aplicado directamente en el estudio de una sociedad determinada, sino a través de las ciencias sociales particulares. Por otra parte, aplicar la ciencia antropológica a una realidad específica sin la guía de las leyes generales y sin el aporte de la dimensión humana que sólo pueden proporcionarlas las ciencias filosófica y sociofilosófica, incluyendo obviamente al materialismo histórico, no conduce a resultados veraces ni fecundos.

Como se ha visto, en la mayor parte de las investigaciones de campo actuales la antropología pasa a segundo plano, cuando no desaparece del todo, pero es bueno señalar que, aunque las formas economicistas y político-ideológicas todavía son habituales, ya no están al alza. Existen pequeños grupos de estudiantes con interés por conocer las corrientes



Ya que vamos aproximándonos al final de nuestro trabajo, es oportuno preguntarnos ¿cuál es el sustrato social de la antiantropología en nuestro propio campo de trabajo? Creemos, expuesto brevemente, que lo es la capa alta de la *clase media* que a mediados de los sesenta se acercó a la ENAH en el nuevo Museo de Antropología en busca de una solución a sus problemas existenciales y de vocación. En su desaliento buscó tomar atajos y acudió a una ciencia que consideraba menos flotante en el aire y, en su carácter utilitario, más real que la antropología:

la economía, mejor dicho, un remedo de la misma. Esta línea de sustitución de la antropología por la economía engarzaba con criterios aproximados al marxismo, en su versión de "*diamat*" soviético, de capa caída este último en la actualidad. Al mismo tiempo, esta doctrina, mutilada de sus aspectos más fecundos y así asumida, parecía ofrecerles una visión rápida de la realidad, sin necesidad de asedios bibliográficos y sin las dificultades contenidas en el viaje antropológico a tierras extrañas.

Debilitar y después anular a la antiantropología se hace ineludible. A fin de lograrlo hay que recuperar el enfoque y los valores tradicionales de la antropología, para lo cual se requiere de un viraje en las relaciones con esta ciencia. Lo primero que cabe hacer es el rescate de la etnografía, esa antigua aliada, llevándola a un nuevo nivel y a una práctica en mayor profundidad.

Pese a las grandes dificultades a que nos enfrentamos, consideramos que pueden forjarse esperanzas sobre la recuperación del enfoque antropológico. El declive del dogmatismo ideológico ofrece buenas oportunidades para cambiar el estado de cosas. Por encima de todo, deben continuarse los eventos encaminados a la reestructuración académica y al logro de los primeros pasos para la utilización y confrontación de las diversas corrientes antropológicas. En consecuencia, seguir asumiendo la tarea de cambiar los viejos y obsoletos planes de estudio por otros que brinden la posibilidad de alcanzar conocimientos en profundidad de las escuelas etnológicas y su puesta en práctica en el trabajo de campo, lo que traería como resultado el enriquecimiento y la reanimación de la vida académica. Con toda evidencia, ya llegó la hora de sacar a la etnología y a la antropología social de su marasmo en las diferentes escuelas de la nación.

Tales son las tareas y los propósitos más ingentes que reclaman hoy día para maestros y estudiantes la total atención y dedicación.